

*Nora
Roberts*

La huida



Caitlyn Sullivan, hija de la realeza de Hollywood, ya era toda una estrella con solo diez años, aunque todavía disfrutaba jugando al escondite con sus primos en la casa familiar de Big Sur. Y fue durante uno de esos juegos cuando la secuestraron. Sin embargo, Cate logró escapar y buscó refugio en un rancho cercano. Allí la encontró Dillon Cooper, apenas un adolescente, y, tras oír su historia, la ayudó a reunirse con su familia.

Con su milagroso regreso, la traición quedó al descubierto. Alguien en quien Cate confiaba se reveló como el culpable del crimen y, para protegerla, su familia la envió a Irlanda. Años más tarde, Cate regresa al fin a Los Ángeles para descubrir que en la noche de su secuestro plantó dos semillas: la de un amor increíble y la de una venganza terrible.

*Para mi familia,
la biológica y la del corazón.*

PRIMERA PARTE

La pérdida de la inocencia

Lo que necesitas son hijas.

J. M. BARRIE

Amigos, un niño adora a todo el mundo y en su naturaleza está toda la dulzura... hasta que algo ocurre.

FLANNERY O'CONNOR

1

Big Sur, 2001

El mundo entero se puso de luto cuando Liam Sullivan falleció a los noventa y dos años mientras dormía con su mujer, de sesenta y cinco, a su lado. Había muerto una leyenda.

Liam nació en una casita rodeada de colinas y campos verdes cerca del pueblo de Glendree, en el condado de Clare, en Irlanda, y había sido el séptimo y último hijo de Seamus y Ailish Sullivan. Había experimentado lo que era tener hambre de verdad en los años de vacas flacas y nunca había olvidado el sabor del pudín de pan y mantequilla de su madre (ni el escozor de sus bofetadas cuando se las ganaba).

Perdió a su tío y a su hermano mayor en la Primera Guerra Mundial y sufrió, también, el dolor de la muerte de una hermana que, sin haber cumplido aún los dieciocho, falleció al dar a luz a su segundo hijo.

Experimentó, desde muy temprana edad, el agotamiento que suponía el trabajo extenuante de arar un campo con un caballo que se llamaba Moon. Y aprendió a esquilar ovejas, matar corderos, ordeñar vacas y construir muros de piedra.

Nunca olvidó, durante toda su larga vida, las noches que pasó junto a su familia alrededor de la hoguera: el olor del humo de turba, la voz angelical de su madre cantando y la sonrisa que le dedicaba su padre mientras tocaba el violín.

Tampoco olvidó aquellos bailes. Cuando era pequeño, a veces se ganaba unas monedas cantando en el pub mientras los parroquianos bebían pintas y charlaban sobre sus granjas y la política. Su aguda voz de tenor arrancaba algunas lágrimas a la clientela, y su cuerpo ágil y sus pies, rápidos y diestros, animaban a todo el mundo cuando se ponían a bailar.

Soñaba con algo más que arar campos y ordeñar vacas, y con una fortuna mayor que las monedas que conseguía en el diminuto pub de Glendree.

Un poco antes de su decimosexto cumpleaños, se fue de casa con unas pocas libras en el bolsillo. Metido en el diminuto espacio de la bodega de un barco, aguantó la travesía atlántica junto a otras personas que también buscaban algo más. Cuando el barco se sacudió durante una tormenta y el aire se llenó de olor a vómito y miedo, dio gracias por su constitución de hierro.

Fue muy aplicado y escribió numerosas cartas que esperaba enviar a su familia al final del viaje. Gracias a sus canciones y bailes, consiguió crear buen ambiente entre sus compañeros de aventura.

Flirteó y se dio unos cuantos besos ansiosos con una chica de pelo muy rubio que se llamaba Mary. Era de Cork y viajaba a Brooklyn para trabajar como doncella en una casa acomodada. Estaba con ella, tomando el aire fresco (por fin), cuando vio por primera vez a la gran dama con la antorcha en la mano. En ese momento, pensó que su vida acababa de empezar.

Había muchísimos colores, ruido, movimiento y un montón de gente apretujada en un mismo sitio. Ese lugar no estaba solo a un océano de distancia de la granja en la que había nacido y se había criado; estaba a un mundo. Y ahora era el suyo.

Se había comprometido a trabajar con el hermano de su madre, Michael Donahue, como aprendiz de carnicero en el Meatpacking District. Allí le dieron la bienvenida, un abrazo

y una cama en una habitación que compartía con dos de sus primos. Aunque solo le hicieron falta unas semanas para odiar los sonidos y los olores propios del trabajo, se ganaba su sustento. Pero seguía soñando con algo más.

Lo encontró la primera vez que se gastó una pequeña parte del sueldo, ganado con el sudor de su frente, para ir al cine con Mary, la del pelo rubio. En la pantalla descubrió la magia y un universo más allá de todo lo que él conocía y que contenía todo lo que cualquier hombre podría desear.

Allí no existía el ruido de las sierras para huesos ni los golpes secos de los cuchillos de carnicero. Incluso desapareció la bonita Mary. Liam sintió que la pantalla y el mundo que le ofrecía lo absorbían.

Las mujeres hermosas, los hombres heroicos, el drama, la felicidad. Cuando acabó la película, Liam volvió a la realidad, miró a su alrededor y vio las caras embelesadas del público y sus lágrimas; oyó las risas y los aplausos. Pensó que aquello era el alimento que necesitaba su estómago hambriento, era una manta para el frío, una luz para su alma herida.

Menos de un año después de ver Nueva York desde la cubierta de aquel barco, abandonó la ciudad para dirigirse al oeste.

Trabajó lo justo para poder cruzar el país, asombrado por su tamaño, por sus paisajes cambiantes y sus estaciones. Durmió al raso, en graneros e incluso en la trastienda de algunos bares en los que ofrecía su voz a cambio de un jergón donde acostarse. En una ocasión, pasó la noche en el calabozo tras una pelea en un lugar llamado Wichita. Aprendió a subir de polizón en los trenes y a huir de la policía. Aquella fue, como contó en innumerables entrevistas a lo largo de su carrera, la aventura de su vida.

Cuando, tras casi dos años de viaje, vio el enorme letrero blanco que decía «Hollywoodland», supo que sería ahí donde encontraría fama y fortuna.

Se labró un futuro gracias a su ingenio, a su voz y a su espalda fuerte. Fue ese ingenio y esa labia los que le consiguieron un trabajo construyendo decorados en la parte de atrás de los estudios. Cantaba mientras trabajaba. Repetía las escenas que veía y practicaba los acentos que había oído en su viaje desde el este al oeste.

Las películas sonoras lo cambiaron todo; de repente, hacía falta construir platós. Los actores a los que Liam había admirado en la pantalla muda revelaron que sus voces eran demasiado agudas o apagadas, y con ello se extinguió su estrella.

Su momento llegó cuando un director lo oyó cantar, mientras trabajaba, la misma canción con la que una estrella del cine mudo se suponía que tenía que enamorar a su dama en una escena musical.

Liam sabía que la voz de ese hombre no valía un pimiento y se enteró de que los productores estaban pensando en utilizar otra. En su opinión, llegar a ocupar ese puesto era cuestión de asegurarse de estar en el lugar adecuado en el momento correcto.

Su cara no apareció en la pantalla, pero su voz cautivó a la audiencia y le abrió la puerta: hizo de extra, de figurante, tuvo su primer pequeño papel en el que dijo su primera frase. Asentó los cimientos de su carrera y subió, peldaño a peldaño, cada vez más alto empujado por el trabajo, el talento y la energía inagotable de los Sullivan.

De repente, Liam, el chico de la granja del condado de Clare, tenía un agente y un contrato. Así empezó, en aquella época dorada de Hollywood, una carrera que se alargaría durante décadas y generaciones.

Conoció a su mujer cuando él y la pizpireta y popular actriz Rosemary Ryan protagonizaron un musical: la primera de las cinco películas que hicieron juntos a lo largo de su vida. El estudio cinematográfico quiso alimentar las columnas de cotilleo con su romance, pero no hizo falta inventar nada.

Liam y Rosemary se casaron menos de un año después de que sus miradas se cruzaran por primera vez. Se fueron de luna de miel a Irlanda, donde visitaron a la familia de él y también a la de ella, en el condado de Mayo. Se construyeron una grandiosa y glamurosa mansión en Beverly Hills y tuvieron un hijo y una hija. Compraron un terreno en Big Sur porque, al igual que sucedió en su relación, fue amor a primera vista. Llamaron Sullivan's Rest a la casa que se hicieron mirando al mar. Se convirtió en su refugio y, después, cuando pasaron los años, en su hogar.

Su hijo demostró que el talento de los Sullivan-Ryan había traspasado generaciones. La estrella de Hugh fue creciendo y pasó de niño prodigio a actor protagonista. Su hija, Maureen, eligió Nueva York y Broadway.

Hugh les dio su primer nieto antes de que su mujer, el amor de su vida, muriera en un accidente aéreo cuando volvía de rodar en Montana. Ese hijo sería, con el tiempo, otro Sullivan que se convertiría en una estrella de la pantalla.

Aidan, el nieto de Liam y Rosemary, creyó que había encontrado el amor de su vida, como ya era tradición en la familia Sullivan, en una belleza de pelo rubio sedoso llamada Charlotte Dupont. Se casó con todos los oropeles (con fotos exclusivas en la revista *People*), se compró una mansión en Holmby Hills para vivir con su esposa y dio una bisnieta a Liam.

Llamaron Caitlyn al primer miembro de la cuarta generación de los Sullivan. Caitlyn Ryan Sullivan hizo su debut cinematográfico con veintiún meses: era la bebé traviesa y casamentera de la película *¿Y con papá ya seremos tres?*, y se convirtió al instante en una de las caras favoritas de Hollywood. La mayoría de las críticas consideraron que la pequeña Caitlyn eclipsaba a los dos protagonistas adultos (entre los que estaba su madre, que era el interés romántico principal), lo cual produjo bastante consternación en ciertos lugares.

Podría haber sido la última vez que probara las mieles del estrellato infantil, pero su bisabuelo la eligió, con seis años, para ser la libre e independiente Mary Kate en *El sueño de Donovan*. Se pasó seis semanas rodando en Irlanda y compartió pantalla con su padre, su abuelo, su bisabuelo y su bisabuela. Entonó sus frases con un acento de condado del oeste tan bueno que parecía que había nacido allí.

La película, un éxito de crítica y público, resultaría ser la última de Liam Sullivan. En una de las pocas entrevistas que dio hacia el final de su vida, sentado bajo un ciruelo en flor con el Pacífico infinito de fondo, comentó que, como Donovan, él había visto su sueño hecho realidad. Había producido una buena película con la mujer a la que había amado durante seis décadas, con sus hijos, Hugh y Aidan y, por si eso fuera poco, también con la brillante luz que era su bisnieta, Cate. Las películas, añadió, habían sido para él como grandes aventuras, así que sentía que aquel era el colofón perfecto para encerrar al genio en esa lámpara maravillosa que había sido su vida.

Una tarde luminosa y fresca de febrero, tres semanas después de su muerte, se reunieron su viuda, su familia y muchos de los amigos que había hecho a lo largo de los años, a instancias de Rosemary, en la finca de Big Sur para celebrar la vida plena de Liam Sullivan. Se celebró un funeral formal en Los Ángeles, con celebridades y panegíricos, pero aquel homenaje privado era para recordar en familia la alegría que él les había transmitido a todos.

Hubo discursos, anécdotas y lágrimas; música, risas y niños que jugaban dentro y fuera de la casa; por supuesto, no faltó la buena comida, el *whisky* y el vino.

Rosemary, ahora con pelo tan blanco como la nieve que cubría las montañas de Santa Lucía, se acomodó (un poco cansada, sinceramente) en el cuarto de estar, delante de la chimenea de piedra, con el fuego encendido para reflexionar sobre los acontecimientos del día. Desde ahí podía ver

a los niños (sus jóvenes huesos desafiando el mordisco del frío) y, más allá, el mar.

Le cogió la mano a su hijo Hugh cuando él se sentó a su lado.

—¿Te parecería una vieja loca si te dijera que todavía siento que está aquí, a mi lado?

Igual que le había ocurrido a su marido, su voz aún conservaba el acento de su tierra natal.

—¿Por qué iba a pensar eso, si a mí también me pasa?

Rosemary se volvió hacia él, con su pelo blanco muy corto, por moda y por comodidad, y sus ojos, de un verde brillante, llenos de humor.

—Tu hermana diría que estamos locos los dos. ¿Cómo he podido tener yo una hija como Maureen, con una mente tan pragmática? —Cogió la taza de té que él le ofrecía y subió una ceja—. ¿Tiene *whisky*?

—Sé bien lo que le gusta a mi madre.

—Es verdad, mi niño, pero no lo sabes todo.

Sorbió despacio el té y suspiró. Después, estudió la cara de su hijo. «Se parece mucho a su padre», pensó. «Tiene ese terrible atractivo irlandés». Su hijo, su bebé, ya tenía muchas canas salpicándole el pelo, pero sus ojos, tan azules, aún brillaban.

—Sé cuánto sufriste al perder a Livvy de esa forma tan repentina y tan cruel. La veo a ella en Caitlyn, no solo en su apariencia, en muchas cosas más. La veo en su luz, en su alegría y en su fiereza. Pero creo que estoy diciendo locuras otra vez.

—No. Yo veo lo mismo. Cuando la oigo reír, oigo la risa de Livvy. Es mi mayor tesoro.

—Lo sé, también lo es para mí y lo era para tu padre. Me alegro de que encuentres a Lily después de estar solo tantos años, Hugh. Ha sido una buena madre para sus hijos y una abuela cariñosa con nuestra Cate estos últimos cuatro años.

—Es verdad.

—Sabiendo eso y también que nuestra Maureen, sus hijos y sus nietos están bien, he tomado una decisión.

—¿Sobre qué?

—Sobre el tiempo que me queda. Me encanta esta casa —murmuró—, este terreno. Lo he visto con todas las luces, en todas las estaciones y en todos los estados de ánimo posibles. Ya sabes que no vendimos la casa de Los Ángeles, por sentimentalismo y porque era práctico si alguno de los dos iba a trabajar allí durante un tiempo.

—¿Quieres venderla ahora?

—Creo que no. Guardo cariño a los recuerdos que tengo allí. También tenemos el piso de Nueva York. Ese se lo voy a dar a Maureen. Lo que quiero saber es si tú quieres la casa de Los Ángeles o esta. Quiero saberlo porque yo me vuelvo a Irlanda.

—¿De visita?

—No, a vivir. Espera —lo interrumpió antes de que pudiera decir nada—. Es verdad que me crié en Boston desde los diez años, pero todavía tengo familia allí y también están mis raíces. Además de toda la familia que me aportó tu padre.

Hugh puso la mano sobre la de su madre y miró por el ventanal a los niños y a los que estaban con ellos fuera.

—También tienes familia aquí.

—Sí que la tengo. Aquí, en Nueva York, en Boston, en Clare, en Mayo y, gracias a ti, ahora también en Londres. Dios, sí que estamos dispersos, ¿eh, cariño?

—Eso parece.

—Espero que todos vengáis a visitarme. Pero Irlanda es el lugar en el que quiero estar ahora; en medio de ese verde y ese silencio. —Le sonrió con los ojos brillantes—. Seré una vieja viuda que hace pan integral y teje chales.

—Tú no sabes hacer pan, ni tejer nada.

—Ja. —Le dio una palmadita en la mano—. Pero puedo aprender, ¿no? Incluso a mi avanzada edad. Sé que tienes tu hogar formado con Lily, pero ya es hora de que yo os de-

vuelva algo, por decirlo así. Dios sabe que Liam y yo ganamos mucho dinero haciendo lo que hacíamos realmente por amor al arte.

—Talento —dijo él, y le dio unos golpecitos con el dedo en la cabeza—. E inteligencia.

—Es verdad que teníamos ambas cosas. Ahora quiero repartir parte de lo que cosechamos. Yo quiero esa preciosa casita que compramos en el condado de Mayo. ¿Cuál quieres tú, Hugh? ¿Beverly Hills o Big Sur?

—Esta. Aquí. —Cuando ella sonrió, él negó con la cabeza—. Lo sabías antes de preguntármelo.

—Conozco a mi hijo mejor incluso de lo que él conoce a su madre. Está decidido entonces. Es tuya. Confío en que la cuidarás bien.

—Sabes que lo haré, pero...

—Nada de peros. Ya he tomado la decisión. Espero tener donde quedarme cuando venga de visita. Porque vendré. Tu padre y yo hemos pasado aquí unos años muy buenos. Quiero que los que nos vienen detrás los pasen aquí también. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Mira ahí fuera, Hugh. —Rio al ver a Cate hacer un salto mortal hacia delante—. Ahí está el futuro y yo me siento muy agradecida de haber desempeñado un papel en hacerlo posible.

Mientras Cate seguía haciendo mortales para entretener a dos de sus primos más pequeños, sus padres discutían en la habitación de invitados.

Charlotte, con el pelo recogido en un moño para la ocasión, caminaba de un lado a otro por el suelo de madera, con sus Louboutin repiqueteando sobre las tablas con un ruido que parecía un chasquido de dedos impaciente.

Esa energía que bullía en ella había cautivado a Aidan. Pero ahora lo agotaba.

—Quiero salir de aquí, Aidan, por Dios.

—Si nos vamos mañana por la tarde, como habíamos previsto.

Ella se dio la vuelta bruscamente, con los labios apretados y los ojos brillantes por las lágrimas de rabia. La suave luz del invierno se colaba por las amplias puertas de cristal que tenía a su espalda y la envolvía formando un halo.

—Ya no aguanto más, ¿es que no lo entiendes? ¿No ves que ya estoy con los nervios de punta? ¿Por qué demonios tenemos que soportar ese estúpido almuerzo familiar mañana? Ya tuvimos la maldita cena anoche y todo lo de hoy, aparte del funeral. Ese funeral interminable. ¿Cuántas historias más tenemos que oír sobre el gran Liam Sullivan?

Aidan una vez creyó que Charlotte llegaría a formar parte de sus fuertes e intrincados lazos familiares. Después solo esperó que pudiera comprenderlos. Ahora ambos sabían que únicamente había logrado tolerarlos.

Hasta que dejó de hacerlo.

Exhausto, se sentó y estiró un momento sus largas piernas. Había empezado a dejarse barba para su próximo papel. Le picaba y le molestaba. Esa misma sensación era la que le provocaba su mujer en ese momento, aunque no le gustara nada admitirlo.

Los problemas de su matrimonio habían mejorado últimamente. Pero parecía que acababan de encontrar un nuevo escollo.

—Charlotte, es importante para mi abuela, para mi padre y para mí. Para la familia.

—Tu familia me está engullendo, Aidan —afirmó, y giró sobre sus talones agitando las manos.

«Menudo drama por aguantar unas horas más», pensó él.

—Solo va a ser una noche más y, además, no nos quedamos todos para la cena. Mañana a esta hora ya estaremos en casa. Todavía hay invitados, Charlotte. Ya deberíamos estar abajo.

—Que tu abuela se ocupe de ellos. O tu padre. O tú. ¿Por qué no puedo coger el avión y volver a casa?

—Porque es el avión de mi padre, y Caitlyn, tú y yo vamos a volver mañana con Lily y con él. Por ahora somos un frente unido.

—Si tuviéramos nuestro propio avión, no tendría que esperar.

Aidan empezó a notar ese dolor de cabeza que le aparecía detrás de los ojos.

—¿De verdad nos vamos a poner a discutir eso? ¿Ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Nadie me va a echar de menos a mí.

Él intentó otra táctica: sonrió. Sabía por experiencia que su mujer reaccionaba mejor ante la dulzura que ante la severidad.

—Yo te echaría de menos.

Ella suspiró y sonrió también. «Esa sonrisa podría pararle el corazón a cualquier hombre», pensó Aidan.

—Estoy siendo una mujer insoportable.

—Sí, pero eres mi mujer insoportable.

Ella soltó una breve carcajada, se acercó y se acurrucó en su regazo.

—Lo siento, cariño. Bueno, casi lo siento. Más o menos. Ya sabes que nunca me ha gustado esto. Está tan aislado que me da claustrofobia. Ya sé que no tiene sentido lo que digo.

Aidan sabía que no podía acariciarle el brillante pelo rubio ahora, porque lo llevaba arreglado, así que le dio un leve beso en la mejilla.

—Lo entiendo, pero mañana estaremos de vuelta en casa. Solo necesito que aguantes una noche más. Por mi abuela. Por mi padre. Por mí.

Charlotte bufó, le clavó un dedo en el hombro y después puso ese mohín tan suyo: frunció los labios carnosos de color coral y entornó dramáticamente los bonitos ojos azules cristalinos tras las pestañas.